

EVOLUCION DE LA IDEOLOGIA DE LOS ESPAÑOLES EN EL PROCESO CONSTITUYENTE

Conferencia pronunciada por don Juan Díez Nicolás
el día 24 de abril de 1978

Presentación del conferenciante por el vicesecretario del Club
«Siglo XXI»
don Carlos Argós García

Señoras y señores:

Tiene para mí una doble satisfacción efectuar la presentación del conferenciante de esta noche en el Club «Siglo XXI». En primer lugar porque esta tribuna viene siendo desde años, una de las más prestigiosas de España, donde el debate político ha alcanzado altas cotas de rigor intelectual y sentido crítico, puesto muy de manifiesto a lo largo del presente ciclo de conferencias, donde el pluralismo político ha tenido ocasión de manifestarse con toda libertad y en toda la extensión ideológica posible, lo que evidencia el talante abierto y apartidista del club y su cooperación sincera a la etapa democrática que hoy vivimos.

En segundo lugar, porque siempre es un honor para cualquier presentador, hacerlo cuando, como en este caso, se trata de referirse a un hombre como Juan Díez Nicolás, cuyo mejor título y definición es el de «profesor universitario». Para quienes dejamos la universidad hace años y no ejercemos funciones docentes, siempre es rejuvenecedor conectar con quienes están vinculados a aquella y día a día nos dan el maravilloso ejemplo de enseñar.

Juan Díez Nicolás, es además un fino intelectual, un hombre de clara y lúcida vocación política y un eminente sociólogo, uno de los más eminentes con los que cuenta la Universidad Española y la moderna ciencia político social. Su formación es amplia y diversa, en lo académico y en lo político. Su paso por la Universidad de Michigan y otros Centros docentes norteamericanos, su colaboración en Instituciones Académicas y culturales españolas tales como el Instituto de la Opinión Pública, el Instituto Jaime Balmes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la Fundación Juan March, la Escuela Nacional de la Administración Pública, el Instituto Social León XIII, el Instituto de Estudios de Administración Local, el Centro de Estudios Urbanos y un largo etc., para finalizar en su Cátedra de «Ecología Humana y Demografía», suponen un largo corolario de títulos y vocaciones acreditadas al servicio de la inteligencia y del estudio del hombre y de la sociedad.

Asimismo, junto a esta vertiente académica y profesional, Juan Díez Nicolás es un hombre, como he dicho antes de clara vocación política.

demostrada en los puestos de responsabilidad que ha tenido en el Instituto de la Opinión Pública, en la Dirección General de Planificación Social, en el Instituto de Ciencias de la Educación, en la Universidad a Distancia y actualmente como director del Centro de Investigaciones Sociológicas.

Ha sabido conjugar el profesor Diez Nicolás la inteligencia y la actuación política, binomio harto difícil, para quienes el pensamiento y el rigor científico pueden tentar a moverse en el campo puramente especulativo, pero que en este caso, se ha visto siempre compensado con un análisis certero de la sociedad política que le ha tocado vivir y lograr interpretarla desde el campo casi siempre acertado de la sociología.

Su conferencia de esta noche nos va a dar algunas claves de las soluciones políticas del pueblo español, partiendo de aquel 15 de junio de 1977. Merece la pena que escuchemos con atención, no sólo lo que ha sido este último periodo, sino lo que es posible que sea nuestro futuro político a la vista de unos datos que no podemos permitirnos el lujo de ignorar.

Muchas gracias por su atención y ahora tiene la palabra el profesor Diez Nicolás.

INTRODUCCION

Soy consciente de que acudir a una tribuna como la del Club «Siglo XXI» significa una gran responsabilidad. Desde hace años ha dado pruebas más que suficientes de su pluralismo y apertura, de su talante liberal, y, por ello procuraré en todo momento hacer honor a las reglas de educación política que han caracterizado generalmente a los múltiples conferenciantes que por aquí han pasado, y a muchos de los cuales he tenido la satisfacción y el honor de escuchar.

Soy consciente asimismo de que se espera de mí una intervención que no sea exclusivamente académica ni exclusivamente política. Procuraré no pronunciar ni una lección de cátedra, pues aulas y paraninfos hay para ello, ni un mitin político, pues ni ésta es una reunión de partido, ni aquí se va a proponer ningún programa político. Mi intención es la de ofrecer una explicación profesional, pero con vocación política; dicho de otro modo, he procurado hacer el análisis y el diagnóstico desde una perspectiva más académica y profesional, pero he querido que las consecuencias sean políticas. Sólo ustedes podrán juzgar, al final, si he logrado mis propósitos. En cualquier caso, quiero decir desde un principio que he evitado refugiarme en la cómoda «torre de marfil» académica para adentrarme en el terreno de los hechos y las opciones políticas reales. Desde ahora, muchas gracias por su atención.

Coherentemente, pues, con la intención expuesta, no voy a entrar en la discusión académica de ideología, lo que tendría necesariamente que llevarme a amplias puntualizaciones en torno a Marx, Mannheim, Shils y otros. He preferido partir de la utilización que generalmente se hace de ese término en la investigación

sociológica, y que muy recientemente ha explorado en varias publicaciones mi buen amigo y compañero Alvira Martín, con quien básicamente estoy de acuerdo.

El esquema general de mi intervención se articula en los siguientes puntos. En primer lugar, la descripción e interpretación de la evolución ideológica de los españoles desde la aprobación de la Ley para la Reforma Política. En segundo lugar, un análisis de la orientación política en base a la percepción que los españoles han tenido de la posición ideológica de los diferentes partidos y líderes políticos. A continuación, unos comentarios sobre la participación política. Y, finalmente, una interpretación personal sobre el comportamiento político expresado el 15 de junio y las estrategias aparentemente seguidas por los partidos a partir de esa fecha, concluyendo con una exposición de las posibles alternativas que en mi opinión existen en la actualidad.

EVOLUCION DE LA IDEOLOGIA DE LOS ESPAÑOLES

Entendido el concepto de ideología política en un sentido amplio, como sistema estructurado de creencias y actitudes básicas sobre objetos políticos concretos, paso a describir y a intentar explicar los principales cambios operados en la ideología de los españoles a lo largo del período constituyente, casi a punto de concluir.

Parece innecesario decir, y, sin embargo, considero preciso recordar, que la falta de clarificación política en los últimos años del anterior régimen, especialmente desde la crisis ministerial del 69 y más aún desde diciembre de 1973, había llevado a la población a dos enfoques simplistas y esquemáticos de la realidad. Por un lado, la definición super ortodoxa de algunos colocaba en la oposición prácticamente a todos los que discreparan de las políticas gubernamentales concretas de cada momento, con lo cual, los diferentes gobiernos contribuían a incrementar día a día los efectivos aparentes de la oposición. Y, naturalmente, en el lenguaje al uso, ser de oposición y ser de izquierdas era más o menos igual. A esta interpretación contribuían también, consciente o inconscientemente, quienes, al ser cesados en sus cargos políticos, pasaban inmediatamente a autoubicarse en la oposición y a autodefinirse como de izquierdas más o menos reprimidos. Por

otro lado, la ortodoxia y dogmatismo de otros confundía a la opinión encasillando en la derecha a todo el que no estaba en la así llamada oposición, olvidando que gran número de los que servían o creían servir al Estado no estaban ni querían estar insertos en las llamadas «tres tendencias».

La inmensa mayoría de la población asistía, entre atónita y perpleja, a una progresiva crispación del lenguaje político y a una situación en la que parecía como si todos los políticos estuviesen ocupados, casi con dedicación exclusiva, en ubicar a los demás en el espectro político de la forma más peyorativa posible.

Así, la población pudo comprobar cómo personas y grupos que habían ocupado el poder durante años, de pronto pasaban a la «oposición» y se convertían, en virtud del sofisma anterior, en izquierda de toda la vida. Pero también asistía perpleja al espectáculo de comprobar cómo personas y grupos que eran demócratas en sus actuaciones, y que propugnaban actuaciones progresistas y reformistas en lo político, lo social y lo económico, eran ubicadas peyorativamente en la derecha de espectro político simplemente porque no pertenecían a la izquierda marxista.

Estas dos falacias, creo que hoy ya podemos serenamente reconocerlo, eran igualmente falsas y oscurecedoras de la realidad. *Ni toda la oposición era de izquierdas, ni todos los que no eran marxistas eran de derecha.*

Así las cosas, ¿puede alguien extrañarse de que cuando se preguntara a la gente qué significado tenía para ellos el ser de derechas o de izquierdas no supiese qué contestar? En efecto, en un estudio realizado en junio de 1976, el profesor Jiménez Blanco señalaba que «la gente no sabe muy bien lo que es la izquierda, aunque sí señala su propia posición en la escala ideológica». Podría decirse que en sólo seis meses de nuevo régimen el resultado anterior no era sorprendente; y, sin embargo, nueve meses después, en febrero de 1977, un 60 % de una muestra nacional de 5.800 personas no contestaba qué entendía por izquierda y un 58 % no contestaba qué entendía por derecha, en política, se entiende.

Y, sin embargo, estoy de acuerdo con mi buen amigo Jiménez Blanco en que a pesar de ello, la gente suele ubicarse en la escala ideológica cuando se le pide que lo haga. La escala ideológica que hemos utilizado, y que es la corrientemente utilizada por otros investigadores dentro y fuera de España, es una escala de 7

puntos en la que el 1 significa la extrema izquierda y el 7 la extrema derecha, sin que se le proporcionen otros referentes al individuo; en general parece obvio que el 4 es el punto más central de la escala, pero conviene recordar, por lo que luego diré, que la designación de los puntos 2 al 6 de la escala como izquierda, centro izquierda, centro, etc., forma parte de la interpretación que el investigador haga de los datos, ya que, la escala en sí, sólo tiene dos referentes: el 1 para la extrema izquierda y el 7 para la extrema derecha.

Es corriente, sin embargo, considerar los puntos 2 y 3 agrupadamente como «izquierda», el 4 como centro, y el 5 y 6 conjuntamente como «derecha», aparte naturalmente de los puntos 1 y 7 ya mencionados. Sin embargo, caben otras interpretaciones, como las de considerar todos los valores de la escala así: 1 = extrema izquierda, 2 = izquierda, 3 = centro-izquierda, 4 = centro, 5 = centro-derecha, 6 = derecha y 7 = extrema derecha. Y aún caben otras agrupaciones distintas.

Con la explicación anterior no he pretendido confundir al público aquí presente, sino exponer honestamente que el investigador puede presentar los mismos resultados de distinta forma, y no siempre por razones de conveniencia científica. Trataré de presentar, pues, los resultados de varias formas, con el fin de que cada uno pueda juzgar si mi análisis es o no correcto, y si mis interpretaciones son o no adecuadas.

De acuerdo con los datos procedentes de aproximadamente una veintena de estudios realizados entre diciembre de 1976 (antes de la aprobación de la Ley para la Reforma Política) y el momento actual, puede afirmarse que alrededor de un tercio de los españoles no sabe o no quiere situarse en la escala ideológica. Las explicaciones son muy variadas, pero en buena parte (alrededor de la mitad) se trata de personas totalmente alejadas de cualquier participación política; son ese 15 ó 20 % que no suele votar nunca. El resto de este grupo lo constituyen personas que realmente no saben ubicarse en la escala ideológica. Puede afirmarse, sin embargo, que los porcentajes más bajos de no contestación (inferiores al 25 %) se dieron alrededor de la fecha del Referéndum para la Reforma Política y ahora, en los estudios más recientes, lo que puede significar que los españoles van poco a poco adquiriendo una mayor cultura política como resultado de la mayor libertad en el ejercicio de sus derechos.

La observación de los datos referentes a quienes sí se ubican en la escala permite formular algunos comentarios. En primer lugar, hay que señalar que, contrariamente a lo que algunos creían, esperaban o deseaban, los españoles no nos hemos bipolarizado. En efecto, utilizando los siete puntos de la escala, los porcentajes que se autoubican en la extrema izquierda han variado (entre diciembre del 76 y el presente) entre un 1 % y un 2 % del total; la correspondiente proporción de extrema derecha ha variado entre un 2 % y un 4 % hasta junio del 77, y desde esa fecha se ha mantenido en un 1 %. Por el contrario, las proporciones son crecientes hasta llegar al punto medio de la escala, el 4. En todos los estudios, *sin excepción*, la mayor proporción es precisamente la que se sitúa en el punto 4, oscilando generalmente entre un 40 % y un 30 % aproximadamente. Es justo reconocer que la proporción que se sitúa en el 4 ha disminuido, posiblemente a consecuencia de una mayor capacidad discriminativa o por otras razones, aunque siga constituyendo el porcentaje individual mayor.

También puede afirmarse que ha crecido la proporción que se ubica en la izquierda, desde un 5 % a un 11 %, y en el centro-izquierda, desde un 9 % a un 20 % más o menos. Correlativamente ha disminuido el centro-derecha desde un 12 % a un 8 %, y la derecha, desde un 6 % a un 3 % aproximadamente.

Sea cual sea la agrupación de puntos de la escala que se utilice, creo que se pueden afirmar los siguientes: 1.º), *los españoles se han ubicado y se ubican mayoritariamente en posiciones centrales, 3, 4 y 5, y, especialmente, en el centro mismo, punto 4*; 2.º), *se ha producido un cambio sustancial de la población hacia la izquierda entre diciembre del 76 y el momento presente; en efecto, las proporciones ubicadas en los puntos 5, 6 y 7 de la escala eran en diciembre del 76 superiores a las proporciones ubicadas en los puntos 3, 2 y 1, pero como consecuencia de la progresiva disminución de los primeros (la derecha) y el progresivo incremento de los últimos (la izquierda), ahora es dos veces mayor el peso de la izquierda que el de la derecha*; 3.º), *el citado crecimiento del ala izquierda de la escala se ha producido especialmente en el punto 3, que algunos considerarían como un centro-izquierda, y otros querían considerar como izquierda (agrupándolo con el punto 2 de la escala); yo particularmente, prefiero interpretar al 3 fundamentalmente como centro-*

izquierda; en cualquier caso, es absolutamente evidente que la proporción que se considera ubicada en ese punto 3 se ha casi triplicado desde diciembre del 76, mientras que la proporción que se ubica en el punto 2 sólo se ha duplicado; *en la actualidad, la proporción que yo denominaría de centro-izquierda es sólo inferior a la del centro (punto 4), y entre las dos posiciones suman más de la mitad de la población, repartiéndose la otra mitad, por igual, entre los que no se ubican en ningún punto y quienes se ubican en los otros cinco puntos de la escala.*

Hasta aquí los hechos, pero ahora quisiera aventurar algunas interpretaciones. En primer lugar, el crecimiento de la izquierda y la reducción de la derecha puede ser real; pero también, y como hipótesis cabe preguntarse si el cambio ha sido más aparente que real porque en diciembre del 76 muchas personas que se hubieran situado en la izquierda se ubicaban en posiciones desplazadas hacia la derecha (por temor aún a confesar su izquierdismo), y si en la actualidad, por el contrario, mucha gente que se situaría en la derecha prefiere ubicarse en posiciones más hacia la izquierda (por vergüenza a confesarse de derechas). En principio, las dos hipótesis deben explorarse, que el cambio de derecha a izquierda ha sido real, o que ha sido más aparente que real. Cabe incluso una tercera hipótesis, y es la de que no por intento de falseamiento, sino por el cambio operado en el medio social, se haya producido un cambio de toda la escala hacia la izquierda, sin que hayan cambiado realmente las posiciones relativas; o lo que es igual, que todos se sitúan más a la izquierda de donde realmente están. En todo caso, pienso que se puede concluir que, *o bien ha disminuido la proporción de personas de derechas, o ha disminuido la proporción de los que quieren llamarse de derechas.* Esto último creo que tiene gran importancia, pues indica que un partido que en su nombre lleve el calificativo de derecha, posiblemente tenga poco «political-appeal».

Por la misma razón, creo que se puede afirmar que, dado el considerable incremento en las proporciones que se sitúan en posiciones de izquierda, una de dos, *o ha aumentado realmente la proporción de personas de izquierdas, o ha aumentado la proporción de los que quieren llamarse de izquierdas.*

Pero, para interpretar todo lo anterior, es preciso saber algunas cosas más, y entre ellas, dónde sitúan los españoles a los partidos políticos en ese continuo de la escala ideológica; y, de

otra parte, a qué partidos votaron los que se sitúan en cada uno de los puntos de la escala ideológica. El examen de esos dos puntos clarificará las interpretaciones hasta ahora ofrecidas.

ORIENTACION POLITICA

La dimensión ideológica izquierda-derecha, sin embargo, tiene que articularse a través de las formaciones políticas que conocemos con el nombre de partidos políticos. Evidentemente, la dimensión izquierda-derecha no era necesariamente la única que podía diferenciar ideológicamente a los españoles; en efecto, muchos creyeron en la importancia decisiva de otras dimensiones, como la regional o la religiosa, pero los resultados del 15 de junio dejaron claro que, salvo en Cataluña y el País Vasco (donde sí tuvo cierta importancia la dimensión regional), la principal dimensión ideológica sobre la que se constituyeron los partidos políticos, y sobre la que se expresaron los votos, fue el continuo izquierda-derecha.

Después de aprobada la Ley para la Reforma Política por las Cortes Españolas, y por el pueblo en el Referéndum de diciembre del 76, se produjo la estampida de los partidos políticos, que algunos denominaron «sopa de letras», por la abundancia de siglas, correspondientes a un centenar y medio aproximadamente de partidos diferentes. Dada esta abundancia súbita, frente a la anterior escasez de información sobre opciones políticas, junto a la ya citada confusión entre establecimiento-oposición y derecha-izquierda, no es extraño que la desorientación política fuese grande.

En efecto, el elector se encontró con una variada gama de partidos dentro de cada una de las grandes orientaciones políticas; había varios partidos demócrata-cristianos, socialdemócratas, socialistas, comunistas, liberales, conservadores, falangistas, etc., que a su vez tenían diferentes versiones regionales, de forma que dentro de cada una de esas orientaciones parecía existir toda la gama de posiciones ideológicas en el continuo izquierda-derecha.

El resultado fue que, a sólo tres meses de las elecciones, diversos estudios demostraron que el electorado apenas conocía algún partido político. Concretamente, alrededor de un 50 % no

era capaz de decir el nombre de un solo partido, y sólo dos de ellos, el PCE y el PSOE (entonces todavía denominado «renovado») eran conocidos por alrededor de un 40 % de los electores, seguido de AP, que era conocido por un tercio de la población más o menos; sólo media docena más de partidos eran conocidos por entre un 10 % y un 20 %, y el resto, si es que eran siquiera mencionados, resultaban conocidos por menos del 10 %.

Algo parecido ocurría respecto a los líderes políticos; sólo cuatro eran conocidos por proporciones que variaban entre el 30 % y el 50 %: Suárez, Fraga, Felipe González y Carrillo. Aparte de esos cuatro, sólo Areilza resultaba conocido por cerca del 20 % y los demás, si es que eran citados, parecían ser conocidos por menos de un 10 % del electorado. Se puso de manifiesto, además, que los cuatro grandes líderes citados eran más conocidos en cada región que los correspondientes líderes regionales.

Mes y medio antes de las elecciones, es decir, poco antes de que se cerrase el plazo para la presentación oficial de las coaliciones electorales, de que se hubiese constituido la UCD, y de que el presidente hubiese anunciado su decisión de presentarse como candidato, la situación no era muy diferente.

En efecto, sólo el PCE, el PSOE y AP eran ampliamente conocidos. A considerable distancia, se mencionaban la Democracia Cristiana (así, de manera genérica), el PSP, el Centro Democrático (todavía no era UCD), y algunos de los partidos regionales en sus respectivas regiones. En otras palabras, la clandestinidad de los tradicionales partidos de izquierda, PCE y PSOE, paradójicamente parecía beneficiarles, ya que para sobrevivir habían tenido que desarrollar buenas maquinarias de partido. La desorientación en el centro y la derecha, era, por el contrario, su principal característica. Sus líderes y cuadros parecían más empeñados en acusarse mutuamente de contaminaciones con el anterior régimen o de justificar sus colaboraciones que en prepararse seriamente para la inminente confrontación en las urnas. Concretamente las fuerzas políticas no incluidas en AP, divididas entre demo-cristianos, social-demócratas, populistas, reformistas y liberales en múltiples grupúsculos, no parecían saber acertar con una estrategia común.

El conocimiento de los líderes era en esas fechas igualmente limitado. Sólo Suárez, Fraga, Felipe González y Carrillo eran ampliamente conocidos en todos los distritos electorales.

La valoración de partidos y líderes estaba, obviamente, muy relacionada con el conocimiento de los mismos. En general, puede afirmarse que el PSOE recibía una valoración más alta que AP y el PCE, y que Suárez y Felipe González eran valorados con puntuaciones más altas que Fraga y Carrillo. En la valoración de líderes cabe señalar, sin embargo, la alta valoración generalmente recibida por Tierno Galván, aunque fuese conocido por proporciones pequeñas.

En resumen, en estas fechas se podía detectar ya que, entre la maraña de partidos, grupos y grupúsculos, destacaban tres, PSOE, AP y PCE, de los cuales los dos últimos recibían valoraciones en general más bajas, y cuyos líderes, Felipe González, Fraga y Carrillo, eran también muy conocidos, y evaluados de manera similar a sus partidos respectivos. Pero destaca un hecho: el alto grado de conocimiento de un líder, Adolfo Suárez, con una alta valoración popular, pero carente de su correspondiente partido. De igual forma resaltaba la alta valoración de un partido, el PSP, y su líder Tierno Galván, el «viejo profesor» como era y es corrientemente denominado, a pesar de ser uno y otro poco conocidos por el electorado.

En cuanto a las grandes tendencias, socialista, comunista, liberal, social-demócrata, demócrata-cristiana, conservadora, falangista o franquista, sólo las dos primeras, socialista y comunista, parecían disponer de un electorado más o menos definido. En todo caso, más de la mitad no se situaba bajo ninguna de esas orientaciones políticas generales.

La constitución de UCD y la decisión del Presidente de presentarse a las elecciones como candidato, clarificaron la situación descrita, de forma que, a lo largo del periodo pre-electoral, se consolidó el mayor grado de conocimiento de los cuatro partidos citados y sus correspondientes líderes, así como, a otro nivel, el conocimiento del PSP y su líder, Tierno Galván, y el de los partidos regionales PNV y PDC.

Interesa en este punto señalar dos aspectos. En primer lugar, que la campaña electoral se caracterizó por la escasa confrontación de programas electorales, y por la escasa confrontación de candidatos a nivel de distrito, ya que ésta prácticamente se redujo a la confrontación de los líderes a nivel nacional. La segunda cuestión que interesa destacar es que dos partidos UCD y PSOE, basaron la mayor parte de su campaña en la imagen de su líder

respectivo, siendo ambos relativamente jóvenes y poco vinculados al pasado (especialmente en el caso de Felipe González), mientras que AP y PCE tenían líderes con mucho más pasado. El tema de los líderes merecería un amplio comentario, dada su importancia en la historia política de España, pero no dispongo aquí de tiempo para tratarlo en detalle.

En cualquier caso, lo cierto es que en los seis meses que van desde la aprobación de la Ley de Reforma Política hasta las elecciones, el electorado tuvo que orientarse políticamente en base a los referentes políticos de que disponía. Así, cada individuo fue poco a poco auto-ubicándose en el continuo derecha-izquierda, tal y como he mostrado antes, y además fue ubicando a partidos y líderes en ese mismo continuo. ¿Hasta qué punto tuvieron éxitos los diferentes partidos en lograr la imagen que de sí mismos y de sus líderes quisieron transmitir al electorado? Desconozco cuál es la imagen que quisieran dar, pero sí se dispone de algunos datos sobre la imagen que de ellos se formó el electorado.

En efecto, poco antes de las elecciones de junio del 77, y utilizando una escala de la que intencionadamente se había excluido la categoría «centro», con el fin de forzar la utilización de las categorías «centro-derecha» o «centro-izquierda», el electorado situaba a los principales partidos nacionales de la siguiente forma. Al PCE se le situaba principalmente en la extrema izquierda, y en menor proporción en la izquierda. Al PSOE principalmente en la izquierda. Al PSP en la izquierda, y en menor proporción, en el centro izquierda. A la UCD en el centro derecha, y en menor proporción en el centro izquierda y en la derecha, casi por igual. Y a AP en la derecha principalmente, y en menor proporción en la extrema derecha. La ubicación de los respectivos líderes en la escala era prácticamente idéntica a la de sus partidos.

Es evidente que ninguno de los cinco grandes partidos era situado principalmente en el centro izquierda, posición de la que parecían participar sólo parcialmente el PSP y la UCD.

No obstante, conviene precisar que alrededor de un tercio de la población no sabía o no quería ubicar a los partidos ni a sus líderes en esa escala ideológica izquierda-derecha.

En otras palabras, gran parte del electorado se había forjado unas imágenes de partidos y líderes que le proporcionaba una orientación política para decidir sobre su eventual comporta-

miento electoral. Resalta de manera especial un hecho sobre el que luego he de volver; me refiero a que tanto el PSP como su líder, el profesor Tierno Galván, eran ubicados más a la derecha (o menos a la izquierda) que el PSOE, es decir, entre el PSOE y la UCD, lo cual contrasta, evidentemente, con la imagen que aparentemente deseaban ofrecer y el espacio político que parecían querer ocupar. En efecto, de acuerdo con su programa y sus intervenciones públicas, se habría dicho que el PSP se auto-ubicaba entre el PCE y el PSOE; no sé si eso era así o no, pero el hecho evidente es que el electorado le situaba a la derecha del PSOE, y no a su izquierda. Y aquí, como en tantas otras situaciones, tiene plena vigencia el llamado «teorema de Thomas», tan conocido para quienes nos dedicamos a la sociología: para que un hecho tenga consecuencias reales no es preciso que sea real, sino que basta con que se tome como real.

Parece también probable que se fuese produciendo una mutua interacción entre la conciencia de auto-ubicación y la ubicación de los diferentes partidos y líderes en la escala ideológica, en el sentido de que cada individuo probablemente tendería a reducir la disonancia. En efecto, si un individuo se auto-calificaba de centro o centro-izquierda, difícilmente se iba a identificar con un partido al que situaba en la derecha o extrema derecha. Pero esa es otra cuestión.

Basta aquí con recalcar que, a lo largo del proceso pre-electoral, los españoles no sólo fueron adquiriendo cierta conciencia de su propia posición en el continuo izquierda-derecha, sino que, a través de un proceso continuado de retroalimentación, configuraron su orientación política respecto a los diferentes partidos.

PARTICIPACION POLITICA

Una variable importante para explicar el comportamiento electoral es el grado de participación política. La participación se puede manifestar de muy diversas formas: afiliándose al partido, trabajando para el partido, asistiendo a mítines y reuniones, o simplemente votando.

Ello nos lleva, pues, a una primera clasificación del electorado según su grado de identificación y participación con un partido.

Pienso que se pueden diferenciar, por lo menos, cuatro grandes categorías. Los dirigentes, los militantes, los simpatizantes y los votantes. Dirigentes y militantes son, obviamente, afiliados al partido, y se corresponden con la terminología clásica de «cuadros» y «base» del partido. Los simpatizantes no están afiliados, pero pueden estar enormemente identificados con un partido, hasta el punto de incluso realizar algún tipo de trabajo para él. Los votantes, por último, son los que tienen la vinculación más débil con el partido, pues no sólo no están afiliados a él, sino que pueden más fácilmente cambiar su voto en otra elección.

Es curioso, pero de todas las cosas que se han dicho y escrito sobre las elecciones del pasado 15 de junio, creo que no recuerdo ninguna que tenga en cuenta las implicaciones para la democracia interna de los partidos de estas diferentes categorías de sujetos políticos. En efecto, la mayoría de los partidos han seguido un sistema bastante jerarquizado de organización, de forma que, una vez constituidos los distintos órganos representativos, los dirigentes (y a estos efectos me da igual que se trate de un pleno que de un comité central) deciden sobre quiénes y en qué orden van a presentarse los candidatos a las elecciones como candidatos en la lista del partido.

Creo que pocas personas se han detenido a pensar que, en las pasadas elecciones, todos pudimos elegir libremente y con las máximas garantías democráticas entre las diferentes listas de candidatos que presentaban los partidos, pero ¿quién y cómo decidió qué candidatos y en qué orden iban a ir en cada lista? Y esto es igualmente válido para todos los partidos. En el mejor de los casos, las listas fueron confeccionadas por los militantes de cada partido (y en el peor, sólo por sus dirigentes), pero sin la participación de los simpatizantes y mucho menos de los simples votantes. En otras palabras, ningún partido ha hecho uso de las elecciones primarias, que en aquellos países que las celebran, tienen precisamente por objeto conocer la opinión de los electores antes de elaborar la lista de candidatos.

Pero, dejando ese tema aparte, el grado de participación política debe ser examinado junto al de la composición de la clientela electoral de los partidos. En efecto, no parece necesario insistir en que todos los partidos tienen sus «cuadros» dirigentes, pero lo que ya no está tan claro es si tienen militantes. Así, en marzo de 77 sólo un 3 % del electorado afirmaba estar afiliado a un partido

político. Los simpatizantes eran algunos más, puesto que un 4 % admitía haber asistido a algún acto relacionado con un partido político, y un 5 % decía haber asistido a algún acto relacionado con la política en general, aunque no con un partido concreto.

Por supuesto, desde esa fecha todos los partidos han ido incrementando el número de afiliados, y en estos momentos puede decirse que alrededor de un 6 % del electorado está afiliado a algún partido político. Sin embargo, existen grandes diferencias de unos partidos a otros en este punto.

Así, si se compara el porcentaje de afiliados a cada partido según el partido que votaron en junio, se observa una proporción del 28 % en el PCE, del 10 % en el PSOE, un 7 % en AP y en el PSP, y sólo un 2 % en la UCD.

Es decir, de cada 100 personas que votaron al PCE en junio, 28 están afiliadas al PCE; por el contrario, de cada 100 personas que votaron en junio a UCD, sólo 2 están afiliadas a UCD.

La escasa proporción de afiliados a cada partido, es decir, de militantes, influye también sobre otros aspectos de la participación política. En efecto, durante la campaña electoral previa a las elecciones de junio se puede estimar en un 20 % la proporción de personas que asistieron a algún mitin, pero sólo un 5 % asistió a alguna manifestación, y únicamente un 2 % ó 3 % estuvo trabajando voluntariamente para su partido. No hay ninguna duda respecto a la mayor participación de quienes votaron a partidos de izquierda. Aquellos que votaron al PCE no solamente suelen estar afiliados (1 de cada 4) como ya he señalado antes, sino que asistieron a mítines, fueron a manifestaciones y trabajaron voluntariamente para su partido en mayor medida que los que votaron a cualquier otro partido. Los votantes al PSOE, PSP y AP tuvieron una participación algo menor, pero lo verdaderamente notable es la casi nula participación de los votantes de UCD; parece como si lo único que hicieron por su partido fue votar. No sólo no se afilian a su partido (sólo 2 de cada 100 votantes a UCD, como antes he señalado), sino que, durante la campaña, apenas fueron a mítines ni manifestaciones, y la proporción de quienes trabajaron voluntariamente para su partido fue casi nula. También es justo reconocer que en la estrategia electoral de este partido se excluyeron las manifestaciones y prácticamente los mítines electorales.

Es evidente que una participación política alta en los aspectos señalados suele conducir a un mayor grado de implicación e

identificación con el partido, y, por tanto, a una mayor estabilidad temporal del voto. A la inversa, una escasa participación o implicación en el partido puede conducir a un electorado más susceptible de variar su voto.

Si hubiese que caracterizar a los diferentes partidos en cuanto a la rigidez o variabilidad potencial de su electorado, se podría concluir que el PCE es un partido en el que militantes y votantes casi son conceptos análogos, y en el que el compromiso con el partido es muy alto. En el polo opuesto se encontraría la UCD, con gran número de votantes y muy escasa proporción de militantes, y con un grado de compromiso muy bajo con su partido.

COMPORTAMIENTO POLITICO

Al aprobarse la Ley para la Reforma Política el panorama era, como he tenido ocasión de señalar, de gran confusión o desorientación política. Sólo en los partidos de izquierda marxista las configuraciones políticas estaban algo mejor organizadas, como consecuencia de la inercia misma de sus nombres, partido socialista y partido comunista, y de la organización que se habían visto obligados a establecer durante la clandestinidad.

En el otro lado, gran parte de los políticos hacían todavía esfuerzos por constituir algo equivalente a la UDR francesa, una gran fuerza o conglomerado de fuerzas no marxistas. Quién más quién menos, tenía su propia idea sobre la necesidad de constituir un gran partido que abarcase desde la derecha civilizada hasta la izquierda no-marxista. Y sinceramente hay que reconocer que los planteamientos eran muy similares, aunque las tácticas eran distintas a las que se habían intentado el año anterior, durante el 76, es decir, entre la muerte de Franco y la Ley de Reforma Política.

A decir verdad, la experiencia del 76 puso de manifiesto el peligro latente de una bipolarización del país en dos grandes bloques, un Frente Nacional y un Frente Popular, que habrían supuesto posiblemente un grave obstáculo para la normalización de la vida política democrática en nuestro país. Muchos de los que ahora me escuchan pudieron conocer por aquel entonces mi opinión sobre la necesidad de huir, en la medida de lo posible, de un sistema bipartidista y de un sistema con excesivos partidos. Mi opinión, entonces, era que un sistema de dos grandes partidos

ideologizados suponía un riesgo, el de que las alas más extremas acabaran imponiendo sus dogmatismos a las masas más moderadas de uno y otro bloque. Por ello consideraba más deseable la formación de dos grandes partidos moderados y otros dos más extremos, pero más pequeños. *Me basaba para ello en la creencia, hoy más justificada, de que la gran mayoría del país era moderada (de izquierda o derecha), pero que a los moderados nunca se les ve en la calle sino en las urnas.* Propugnaba que había que hacer esfuerzos para que los dos grandes partidos se entendiesen más entre sí que con los respectivos partidos más pequeños y radicales, pues lo primero consolidaría la moderación, mientras que lo segundo llevaría a la bipolarización, a la radicalización progresiva, y eventualmente al enfrentamiento. Ese era, para mí, el gran secreto de la estabilidad política en las democracias europeas, ya que el modelo norteamericano era poco traspasable a nuestro país. Por supuesto, estoy seguro que muchos otros políticos o estudiosos o espectadores de la política habían llegado a la misma o parecida conclusión.

A principios del 77, pues, y con la perspectiva de unas próximas elecciones generales dentro del año, se produjo, como ya he dicho, la estampida de los partidos.

Pronto se destacaron tres grandes fuerzas políticas, según he tenido ocasión de demostrar antes: AP, PSOE y PCE. Sin embargo, basándome en los hechos ocurridos, la realidad es que, por las razones que fuesen, incluso porque así se quiso, AP adquirió pronto una imagen de partido muy a la derecha y muy ligado al régimen anterior. No se trata de juzgar intenciones, sino de reconocer las realidades. ¿Qué habría pasado si en lugar de los «siete magníficos», como muy pronto fueron conocidos sus líderes, AP hubiese presentado unos líderes menos protagonistas del pasado? Nunca se sabrá, pero con la información que he presentado antes, de lo que no cabe duda es que AP adquirió una imagen pública, y no entro a juzgar si era o no merecida, que no quisieron o supieron contrarrestar.

El PCE pareció más decidido, desde su aparición, a lograr un cambio de imagen que a ampliar sus posibles electores. Independientemente de lo que fueran sus intenciones, los hechos parecen mostrar que todos los esfuerzos se encaminaron a lograr afianzar su presencia en la sociedad española, a legitimarse, a hacerse respetar. En definitiva, a construirse una imagen democrá-

tica. No entro tampoco a valorar la sinceridad de esos planteamientos; sólo puedo y debo señalar que, si esos eran sus objetivos, parece que los han logrado en buena parte.

El PSOE planteó su estrategia muy bien desde el principio, o al menos así lo parece a mi modesto entender. Tenía a su disposición el valor de la tradición de su nombre, pero supo combinar esa cualidad con la de presentar líderes jóvenes y no gastados por su pasado. Tenía además casi toda la izquierda como campo a cultivar; y el apoyo moral de respetables partidos que en toda Europa no sólo tenían experiencia de oposición, sino también de gobierno.

Pero el amplio campo entre AP y el PSOE era un gran batiburrillo de partidos pequeños, casi con más líderes que seguidores. A esas alturas era obvio que AP no iba a tener el apoyo del electorado que sus líderes habían pensado. También era obvio que los grupos y grupúsculos entre AP y el PSOE parecían incapaces de organizar al electorado potencial disponible. En esas circunstancias, pues, sólo cabían (a mi entender) dos soluciones.

La primera era la de constituir dos grandes bloques de centro, uno más liberal-conservador y otro más social-demócrata, pero siendo, cada uno de ellos, relativamente homogéneo desde el punto de vista ideológico. El primer bloque, liberal-conservador, podría haber recogido los votos de quienes deseaban la reforma política pero no tanto la de las estructuras económicas. El segundo bloque, *el centro izquierda, podría haber agrupado todas las fuerzas progresistas y reformistas, avanzadas en lo económico y social, hasta llegar a las puertas mismas del marxismo; habría podido ser la izquierda no marxista.* La desventaja de este modelo es que podía dividir las posibles fuerzas electorales; su principal ventaja es que, siendo cierto tal peligro, se ganaba en claridad de imagen ante el electorado, pudiendo incluso formalizarse coaliciones pre-o-post-electorales para constituir una mayoría parlamentaria.

La segunda solución era, obviamente, constituir un gran partido de centro entre AP y el PSOE. Por supuesto, esta solución tenía la ventaja de que agrupaba fuerzas en lugar de diversificarlas, posibilitando una mayoría formal pero tenía el grave inconveniente de la heterogeneidad ideológica que iba a hacer difícil un programa de gobierno.

Yo propugné siempre que pude la primera solución, la de los

dos bloques de centro. Todos sabemos que se optó por la segunda solución, un solo bloque de centro. Tampoco voy a jugar ahora a decir qué habría sucedido si se hubiese adoptado la alternativa de los dos centros, pues la historia-ficción no es mi especialidad, y además porque, honradamente, no sé lo que habría pasado.

Lo cierto es que, al constituirse la UCD, con todas las improvisaciones y errores que se quiera, y al decidir el presidente Suárez presentarse a las elecciones, se solucionaba de momento el problema creado por el vacío existente, y no se puede negar que existía, y grande, entre AP y el PSOE. *El prestigio de Suárez en aquel momento era algo fuera de toda duda, y no habría sido razonable disponer de un líder sin partido, y de un grupo de partidos sin líder, cuando se podían aunar ambos factores y además llenar un vacío real.*

Una de las consecuencias principales de este conjunto de acontecimientos fue la del papel que jugó el PSP. Desde un punto de vista teórico, el PSP, por su doctrina y programa, deseaba ocupar un espacio político entre el PSOE y el PCE. Y sin embargo, tanto a nivel de militantes como, sobre todo, de votantes, recibió el apoyo de unos sectores que podrían denominarse progresistas, social-demócratas, socialistas-intelectuales, pero que poco tenían que ver con el marxismo revolucionario. El PSP se convirtió, aunque no fuese ese su propósito, en un partido de minorías intelectuales, con un enorme prestigio (debido casi en su totalidad al «viejo profesor»), y un gran crédito inicial en muchos sectores, pero con poco eco entre las masas trabajadoras. Creo sinceramente que si el PSP hubiese querido, habría podido ser el partido del centro izquierda, el de la social democracia, agrupando a su alrededor otras fuerzas progresistas no-marxistas.

Y así se llega a las elecciones del 15 de junio. Los resultados son de todos conocidos. Nadie hubiese imaginado tan sólo unos meses antes unos resultados tan convenientes, por las razones que ahora expondré. Primero, porque se había dicho no a la bipolarización. Segundo, porque habían surgido dos grandes partidos, UCD y PSOE, con otros tres más pequeños, PCE, AP y PSP, y dos regionales, PNV y PDC que, en cierto modo ocupaban el espacio político de UCD en las respectivas regiones.

¿Qué habría sucedido si AP hubiese sacado los votos de UCD y viceversa? ¿Cuál habría sido la situación si el PCE hubiese

logrado tantos escaños o más que el PSOE? ¿Qué habría ocurrido si el PSOE hubiera aventajado a la UCD? Sinceramente no lo sé, o prefiero no pensarlo, pero lo que si es seguro es que los acontecimientos no se habrían desarrollado después como lo han hecho.

Las elecciones de junio demostraron, entre otras cosas, cuatro cuestiones que estimo son importantes. La primera de ellas es que el pueblo español votó no a los extremismos, tanto de derecha como de izquierda, que quedaron fuera de la representación parlamentaria. La segunda es que se votó por la moderación y por el cambio. La tercera de ellas es que el pueblo español votó «no» a la Democracia Cristiana como partido confesional. Algunos dirían que eso fue así porque la DC estaba muy diversificada por su presencia en AP, en UCD e incluso en otros partidos. Pero también los socialistas estaban divididos en varias tendencias y, sin embargo, el PSP logró seis escaños. La cuarta consecuencia es que el electorado dijo no a los partidos regionales; sólo en Cataluña y parcialmente en el País Vasco, se puede hablar realmente de éxito de partidos regionales. En todo el resto de España ganaron las elecciones partidos claramente nacionales. Con lo cual parece demostrarse nuestra hipótesis inicial, es decir, que de las diferentes dimensiones de la ideología, la única que realmente parece haber operado en España es la del continuo izquierda-derecha.

He mostrado anteriormente cómo se ubican los individuos en la escala y cómo ubican también en dicha escala a partidos y líderes. Pues bien, examinando después de las elecciones la ubicación de los individuos en la escala según el partido que votaron, se observa lo siguiente: 1), los que votaron a AP se sitúan preferentemente en el centro-derecha y en la derecha, y en menor proporción en el centro y en la extrema-derecha; 2), los que votaron a UCD se sitúan mayoritariamente en el centro y en pequeña proporción en el centro-derecha y centro-izquierda; 3), los que votaron al PSP se ubican mayoritariamente en el centro-izquierda, y en mucha menor medida y por igual, en la izquierda y el centro; 4), los que votaron al PSOE se sitúan mayoritariamente en el centro-izquierda y en proporción importante en la izquierda; y 5), los que votaron al PCE se sitúan mayoritariamente en la izquierda y en proporciones importantes en el centro-izquierda y en la extrema izquierda. Como se ve, el valor de la escala de ideología parece bastante evidente. De igual forma, parece tam-

bien claro el lugar que el electorado había destinado al PSP: entre UCD y PSOE. *Creo también que queda claro que se perdió en junio del 77 una gran ocasión de haber construido una fuerza política de centro-izquierda no marxista, que hubiese podido llenar un vacío real y servir de puente entre UCD y PSOE.*

Después de las elecciones todos los partidos han sufrido convulsiones internas, lo cual, en mi opinión, es bastante normal, pues ningún partido será nunca totalmente homogéneo, sino que en todos ellos se encontrará siempre un ala más radical y otra más conservadora. Es la dialéctica entre tradición y modernismo, entre estructura y cambio, entre conservadores y progresistas, entre halcones y palomas. No voy a entrar, sin embargo, en cuestiones internas de los partidos que sólo a ellos afectan. Pero si creo necesario referirme a algunos aspectos que afectan a su posición en el espectro político.

Así, parece evidente que la puesta en práctica de una política económica de signo más centro-izquierda puso en marcha a ciertos sectores del ala centro-derecha (encabezados por un demócrata-cristiano), que comenzaron un diálogo con el ala más avanzada de AP para la posible creación de un gran partido de derechas. Con independencia de lo que antes he dicho respecto a las escasas posibilidades electorales (en mi modesta opinión) de un partido que en su frontispicio se denomine «de derechas», es evidente que existe la posibilidad de que, al desplazarse UCD hacia la izquierda para intentar llenar el vacío que le separa del PSOE, corre el riesgo de que se le separen efectivos por su derecha. Parece ser que rápidamente se adoptaron medidas para satisfacer demandas de ese ala derecha, lo que significa abandonar parcialmente el campo de su ala izquierda. En otras palabras, UCD tendrá siempre que vivir en una tensión: si cuida su ala derecha, deja desatendido el centro izquierda (con el riesgo de que el PSOE se haga con la social democracia no marxista); si cuida el centro izquierda, le nace una gran centro-derecha a partir de AP.

El PSOE se encuentra en parecida situación de tensión. Si se modera, el PCE puede despojarle de su ala izquierda (fundamentalmente militantes de la base), o bien, ese ala izquierda podría ir a algún otro partido de la izquierda extra-parlamentaria, como el PTE; si se radicaliza, puede perder su ala derecha más moderada (fundamentalmente simpatizantes y simples votantes, no militan-

tes, y, por tanto, más volubles), bien porque pasen a la UCD o simplemente a la abstención.

Lo verdaderamente curioso es lo que ha sucedido. Cuando UCD hace unas semanas pareció volverse hacia su ala derecha para conjurar el peligro de la Gran Derecha, todos pensamos, y yo también, que el PSOE aprovecharía la ocasión para lanzarse a por los social-demócratas, moderando sus actuaciones para avanzar por su ala derecha, para ocupar un campo similar al de los partidos socialistas europeos. Sin embargo, y con cierta sorpresa, el PSOE reaccionó al contrario, reafirmando sus posiciones más radicales (abandono de la ponencia constitucional, amenaza de movimientos callejeros, y unión con el PSP además del proyecto de manifiesto reafirmando su vocación revolucionaria y marxista). Puede que, en este movimiento aparentemente incomprensible el PSOE haya dado muestras, una vez más, de que tiene grandes estrategias dirigiendo sus acciones. En efecto, de haber hecho lo que se esperaba, moverse hacia la moderación, es muy posible que el PCE hubiese aprovechado la ocasión para ampliar su campo de acción hasta englobar las masas más radicalizadas del ala izquierda del PSOE, con lo cual, se habría conseguido un PSOE más moderado pero más pequeño, y un PCE en expansión.

Conjuradas la Gran Derecha y la Gran Izquierda, sin embargo, se ha agrandado la brecha entre UCD y PSOE. A estas conclusiones había llegado yo cuando comprobé que no era el único, y que alguien con mucha mejor pluma que la mía. Abel Hernández, llegaba a las mismas conclusiones en un magnífico artículo titulado «El gran vacío» en el diario «Informaciones». El problema está en cómo llenar el vacío.

Mientras tanto, AP y PCE no se han visto libres de sus propios problemas internos. Parece ser que en AP las fuerzas centrifugas apuntan en tres direcciones: un ala derecha que podría abandonar AP para incorporarse a fuerzas más a la derecha, si es que no tienen éxito en mover hacia esa dirección a todo AP; un ala izquierda que podría abandonar AP para incorporarse a UCD; y un tercer grupo que se esfuerza por hacer crecer AP a base del ala derecha de UCD para crear un gran partido de centro-derecha.

En cuanto al PCE, los temas del eurocomunismo, de los disidentes críticos, y en resumen, su política de moderación para lograr el cambio de imagen que se habían propuesto, hace asomar también el peligro de que su ala izquierda se separe para incorpo-

rarse a otros partidos más a la izquierda. Sus posibilidades de crecimiento por la derecha, a costa del ala izquierda del PSOE parecen, sin embargo, más escasas ahora, puesto que el PSP y el prestigio intelectual de Tierno de momento van a ser un gran obstáculo.

Así las cosas, parece que los votantes se hacen eco de la problemática de los partidos y andan otra vez un poco desorientados. Alrededor de un tercio del electorado, según muy diversos estudios, no sabrían hoy qué partido votar.

No obstante, pienso que la unión del PSP y el PSOE pueden tener consecuencias no siempre positivas para el socialismo. Evidentemente la unidad socialista es un factor enormemente positivo; pero puede que ello no signifique, sin más, la suma de los votos recibidos por el PSP. Puede que las consecuencias negativas no se reduzcan sólo a la pérdida de unos cientos de militantes, sino que incluyan la pérdida de muchos miles de votantes que, sin ser marxistas, estaban dispuestos a votar a un profesor honesto y prestigioso, o a un socialismo de cátedra, pero que posiblemente estén menos dispuestos a votar a un partido obrero, revolucionario y marxista. Es una hipótesis a contemplar, y estoy seguro que el PSOE y el PSP habrán tenido éstos y otros aspectos en cuenta antes de decidirse a la unificación.

En cualquier caso: lo que sí es cierto es que, hoy, los datos del problema son los siguientes: 1), existe un gran espacio político vacío entre la UCD y el PSOE que podría ser llenado por un centro izquierda no marxista; 2), el único partido que, no por su programa pero sí por su electorado, podría haberlo llenado, el PSP, parece haber declinado la oportunidad al fusionarse con el PSOE para, aparentemente, cubrirle su ala izquierda y no precisamente su ala derecha; 3), de otra parte, y según señalé al principio, la escala de ideología política en la actualidad demuestra que ha crecido mucho la proporción de los que se ubican en la izquierda a costa de los que se ubican en la derecha, continuando como mayoría relativa quienes se ubican en el centro; y 4), además, parece que la relación entre la escala ideológica y las preferencias por los diferentes partidos son similares a las ya descritas, e incluso son todavía más claras, en el sentido de que los que se sitúan en el centro-izquierda, centro y centro-derecha, son los que más dudas tienen a la hora de expresar sus preferencias por partidos.

Pienso que, desde ahora hasta la aprobación de la Constitu-

ción no se van a producir cambios sustanciales, pero sí se pueden sentar las bases para cambios inmediatos en la estructuración de las fuerzas políticas para poco después. A continuación voy a exponer las alternativas que creo que existen, por absurda que alguna pueda parecer:

1. Mantenimiento del *status quo* actual, con un sistema de cuatro partidos (y dos regionales que, como ya he dicho, ocupan el espacio de UCD en sus regiones) y con el mantenimiento de un cierto vacío político entre UCD y PSOE.
2. Fusión del centro y centro-izquierda de UCD con el centro y centro-derecha de PSOE para crear un gran partido de centro que además contaría con dos líderes de gran prestigio. Como resultado de ello, AP y PCE crecerían también, y se llegaría a un sistema de tres partidos, uno de centro mayoritario y dos minoritarios.
3. Crecimiento de AP y PCE a costa de UCD y PSOE respectivamente, lo que resultaría en un sistema de cuatro partidos muy equilibrados entre sí.
4. Desplazamiento de UCD hacia su ala izquierda para ganar la izquierda no marxista, aprovechando el prestigio de su líder, Suárez y resignándose a perder su ala derecha que se uniría con AP, lo que significaría que UCD seguiría siendo el partido mayoritario, pero con un partido de centro-derecha más fuerte que ahora.
5. Desplazamiento del PSOE hacia su derecha, ahora que su ala izquierda se encuentra fortalecida por la unión con el PSP, lo que le convertiría en el partido mayoritario y además con gran potencia: tendría cuadros procedentes del PSP, programa ideológico firme, amplia base procedente del PSOE, y una cara moderada y europea en base a la recién ganada social-democracia no marxista.
6. Creación de un pequeño partido-puente entre UCD y PSOE constituido por el ala izquierda del primero y el ala derecha del segundo, lo que llenaría el vacío actual. Este partido jugaría entonces un papel de equilibrio y arbitraje entre los dos grandes, UCD y PSOE, que así, sólo tendrían que ocuparse de frenar los avances de AP y PCE respectivamente.

Las tres primeras hipótesis me parece menos plausibles que

las otras tres. Es decir, considero poco probable el mantenimiento del *status quo* por su inestabilidad, la fusión de UCD y PSOE porque equivaldría al partido único, y el sistema cuatripartito equilibrado por irreal.

De las otras tres alternativas, la última, me parecería más posible si estuviésemos en Francia. En efecto, si se crease ese pequeño partido puente, Suárez podría tener que optar entre lo que considero su sincera vocación reformista avanzada o su permanencia en la presidencia; pues, si se convirtiese en líder del partido puente, al no tener la mayoría parlamentaria, podría tener que renunciar a la presidencia. Y, si continúa como líder de UCD para conservar la presidencia, podría perder su imagen como líder reformista avanzado. Evidentemente, si ésto fuese Francia, el presidente podría salir del partido puente por sufragio directo, y el jefe del gobierno ser nombrado por la mayoría (UCD o PSOE). Pero en España, el Jefe del Estado no es el presidente como en Francia, sino el Rey, y el presidente es precisamente el jefe del gobierno, procedente de la mayoría. Por eso, aunque esta alternativa es posible, la considero menos plausible.

La alternativa de que el PSOE llenase el espacio político del centro izquierda sin por ello perder por su izquierda, no sólo la veo posible, sino que me imagino que está siendo muy estudiada por los estrategas del PSOE. Si se produjese, no cabe duda que lograría la mayoría parlamentaria y habría que reconocer que eso sería un bien ganado premio a una estrategia política de primer orden. Yo, desde luego me quitaría el sombrero. Sin embargo, creo que durante bastante tiempo el PSOE va a cuidar más de no perder su ala izquierda que de ganar electores por su derecha, y creo además que ése será un factor de estabilidad para el sistema, en la medida en que permitirá mantener un PSOE más numeroso que el PCE, como en Francia, evitando una situación inversa, como en Italia.

Por eso, creo que la única alternativa que tiene UCD es la de llenar lo más rápidamente el vacío del centro izquierda, de la izquierda no marxista, aún a costa de perder algo de su ala derecha. En todo caso, y como he podido señalar, la derecha significa una proporción pequeña, aún contandó el centro derecha, y es de presumir que la inercia del poder impediría que las pérdidas por ese lado fuesen grandes, mientras que las ganancias por el centro izquierda podrían ser muy grandes. Si se aprovecha

adecuadamente la reciente afirmación marxista revolucionaria del PSOE y el abandono que el PSP parece haber hecho de parte de su electorado, UCD puede reconstituirse en base al centro y el centro-izquierda.

Por supuesto, esta alternativa tiene un riesgo, y es el de que en este intento, UCD pierda la mayoría y se convierta en un partido minoritario y puente entre el centro-derecha y el PSOE; es decir, que se llegue sin pretenderlo a la sexta hipótesis que he formulado.

Pero en política y, especialmente, en un sistema democrático, el riesgo parece ser un pre-requisito del éxito.

En resumen, creo que vuelve a presentarse la ocasión de construir un gran partido basado en el centro-izquierda, en el que encontrarían acomodo quienes creen en soluciones socialmente muy avanzadas, pero no marxistas, y que serviría de equilibrio entre el centro-derecha por un lado y el socialismo marxista por el otro, proporcionando una fuerte dosis de estabilidad real al sistema democrático.

Este, señoras y señores, es mi pronóstico de lo que hoy tiene más posibilidades de suceder. Creo que es innecesario decir, con el respeto que me merecen las soluciones que otros puedan propugnar, que ésta es también la solución que yo deseo para España. Muchas gracias.